





De la desgracia de ser árabe



SAMIR KASSIR

*De la desgracia
de ser árabe*

Traducción de
ANTONIO LOZANO



ALMUZARA

Título original: *Considérations sur le malheur arabe*

© Actes Sud, 2004

© Editorial Almuzara, s.l., 2006, 2014

© Traducción: Antonio Lozano, 2006

© Foto de Samir Kassir en solapa: Roger Moukarzel

Primera edición: marzo de 2006

Segunda edición: septiembre de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Esta obra se benefició del P.A.P. GARCÍA LORCA, Programa de Publicación del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores.

Editorial Almuzara

Director editorial: Antonio Cuesta

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-16100-71-2

Depósito Legal: CO-1439-2014

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice



Prólogo	11
I. <i>Donde se ve que los árabes son hoy los seres más infortunados del mundo, aunque no lo reconozcan.....</i>	15
II. <i>De cómo la desgracia es lo que más se comparte en el mundo árabe</i>	27
III. <i>Donde se ve que la desgracia árabe es un momento de la historia, y que es más grande hoy que ayer</i>	43
IV. <i>De cómo la modernidad no fue precisamente el momento de la desgracia.....</i>	53
V. <i>Donde se ve que la desgracia árabe no es resultado de la modernidad, sino de su fracaso</i>	63
VI. <i>De cómo la desgracia árabe se debe más a su geografía que a su historia.....</i>	77
VII. <i>Donde se ve que la mayor desgracia de los árabes reside en su negativa a salir de ella, pero que, aun sólo entreviendo la felicidad, el equilibrio es posible</i>	89



Prólogo

No es recomendable ser árabe en nuestros días. Ya sea por un sentimiento de persecución, o bien por odio a sí mismo, el malestar existencial es hoy lo que más se comparte en el mundo árabe. Incluso los que durante largo tiempo se creyeron a salvo, poderosos saudíes o prósperos kuwaitíes, no pueden librarse ya de él desde un cierto 11 de septiembre.

Desde cualquier ángulo que se lo mire, el panorama es sombrío, sobre todo si se compara con el de otras partes del mundo. Con excepción del África subsahariana, aunque con todo lo que supone la diferencia que nace del choque entre lo que se puede ser y lo que se es, entre las expectativas y los hechos, las ansias y las frustraciones, el pasado y el presente, el mundo árabe es la región del planeta donde el hombre tiene hoy menos posibilidades de realizarse. Y más vale no hablar de la mujer.

Basta con fijarse en la palabra *árabe*, desvirtuada hasta quedar reducida a un carácter étnico marcado por el oprobio o, en el mejor de los casos, asociado a una cultura negadora.

Sin embargo, esa «desgracia» no siempre ha existido. Al margen de la supuesta edad de oro de la civiliza-

ción arábigo-musulmana, hubo un tiempo no muy lejano en que los árabes podían encarar el futuro con optimismo. El renacimiento cultural del siglo XIX, la famosa *Nahda*, abrió las puertas de la modernidad a muchas sociedades árabes cuyo dinamismo sobrepasó a menudo al de las elites occidentalizadas o en vías de occidentalización. En el siglo XX una de ellas, la egipcia, dio vida a la tercera industria cinematográfica del mundo, al mismo tiempo que, desde Bagdad a Casablanca, pasando por Beirut y El Cairo, pintores, poetas, músicos, dramaturgos y novelistas contribuían a la reformulación de una nueva cultura árabe. De forma paralela, se emprendían cambios sociales de gran relevancia. El más espectacular fue la revolución que supuso la supresión del velo, hoy puesta en tela de juicio. De la misma forma, en la esfera política, las reformas sociales convertían a los árabes en protagonistas de las relaciones internacionales. El Egipto de Nasser se convirtió en uno de los ejes del afroasiatismo y, posteriormente, del Movimiento de Países no Alineados; la Argelia independiente se consideró un modelo para todo el continente africano, y la resistencia palestina —a su pesar— reivindicó el derecho de los pueblos sin caer por ello en el victimismo, hoy tan difundido.

¿Cómo pudo cerrarse aquella secuencia en que, pese a no cosechar demasiados éxitos, se vislumbraba un futuro mejor que parecía cada vez más cercano? ¿Cómo se llegó al marasmo actual, quizá más intelectual e ideológico que material, pero que lleva a que los árabes crean que no tienen más porvenir que el señalado por un milenarismo enfermizo? ¿Cómo se llegó a despreciar una cultura tan viva y profesar el culto a la desgracia y la muerte? Las páginas que

siguen se proponen aportar elementos de juicio que ayuden a responder a estas cuestiones y, de paso, sugerir algunas posibilidades para superar la crisis.

Este libro no pretende ser un programa político ni mucho menos el informe de un experto. Es ante todo la voz de un intelectual árabe, tal como se podría escuchar en cualquier lugar, ya se trate de París, Damasco, Londres, Beirut, El Cairo, Casablanca, Argel o —desde hace poco— Bagdad. Sin embargo, no por ello debe creerse que se busca el cobijo de un pretendido consenso, pues no existe tal. La identidad política de cada intelectual influye en su propuesta. Y lo más justo sería dar a conocer la mía.

El autor de estas consideraciones es un árabe del Machrek; laico —ya lo notarán muy pronto—, aculturado e incluso occidentalizado —¿por qué, si no, escribiría en francés?—, pero que no se considera a sí mismo alienado por una cultura extranjera y mucho menos deseoso de liquidar a quienes no piensan como él. Tampoco pretende acusarlos ante un tribunal de terceros. De hecho, una versión árabe de este libro aparecerá casi al mismo tiempo que la edición francesa, lo cual, sin ánimo de constituir un alarde de universalismo, debe entenderse como la demostración de que es posible desarrollar un mismo discurso sobre y para los árabes.

Beirut-París, julio de 2004



I

*Donde se ve que los árabes son hoy los
seres más infortunados del mundo,
aunque no lo reconozcan*

¿Acaso es preciso describir la desgracia árabe? Unos cuantos datos bastarían para explicar las dimensiones del marasmo en el que se encuentran las sociedades árabes: enormes índices de analfabetismo, distancia abismal entre los más ricos —inmensamente ricos— y los más pobres —desesperadamente pobres—, superpoblación de las ciudades, desertificación de las provincias... No obstante, se podría argumentar que estos procesos son comunes a buena parte de lo que hace un tiempo se conocía como Tercer Mundo. Es más: no cabe duda de que la pobreza y la desigualdad son mayores en las calles de Calcuta y Río de Janeiro. Pero la desgracia en el mundo árabe no es sólo un obstáculo para el desarrollo, ni un conflicto entre clases, ni siquiera un problema de deficiencias educativas.

La particularidad de la desgracia árabe consiste en que la perciben quienes están a salvo de ella y en que no se trata sólo de una cuestión de cifras, sino más bien de percepciones y sentimientos. Empezando por la sensación, muy extendida y profundamente enraizada, de que no hay futuro. Ante el mal proteiforme e incurable que corroería este mundo, la única salvación sería la huida individual, siempre y cuando fuese posible. Además tal desgracia se encuentra también en la mirada de los otros; una mirada que impide incluso la huida misma y que, suspicaz o condescendiente, te devuelve a una condición al parecer insuperable, ridiculiza tu impotencia, condena de antemano tu esperanza y, con frecuencia, te detiene en los puestos fronterizos. Basta con haber llevado alguna vez el pasaporte de un país apestado para saber lo que puede tener de inapelable esa mirada. Basta con haber confrontado en alguna ocasión las propias ansiedades con las certezas del Otro, con sus certezas *sobre* ti, para percibir cuán paralizante es.

Aunque la mirada del Otro, en el mejor de los casos, podría superarse, o incluso simplemente ignorarse, ¿sería posible librarse de la mirada *sobre* el Otro? ¿Cómo evitar compararse con lo que ese Otro revela? No es preciso recurrir a las analogías con un Occidente siempre dominador y en el que, sin embargo, el *habeas corpus* y los derechos humanos han dado pie a una ciudadanía lo suficientemente abierta como para hacer fracasar las tentativas recurrentes de controlarla. Tampoco es necesario profundizar en los resultados que arrojaría la comparación entre una civilización que no cesa de alumbrar revoluciones tecnológicas y un mundo que, en más de un aspecto, permanece en la era preindustrial, mientras que, en